

ALUMNOS DE LA CLASE DE ESCRITURA CREATIVA DE TORREJÓN DE ARDOZ



EL HILO DE LA VIDA



PRÓLOGO

Torrejón, década de los sesenta

Por esa calle de Enmedioque
arranca desde la plaza,
una señora mayor
en una silla sentada,
mirando a los transeúntes
con sus gafas encajadas
con un cordón renegrido
que al cuello las sujetaban.
Un corpiño remendado
y con la falda plisada,
parecía un vigilante
de los que hay en la playa.
De soslayo iba apuntando
a los cientos que pasaban,
casi todos emigrantes
que de los pueblos llegaban
en busca de aquel trabajo
que en sus pueblos les faltaba.

De los sesenta al setenta,
década necesitada,
dejando su patria chica,
a sus padres y sus casas,
y a veces hasta a los hijos
que tanto nos hacen falta.
Venían a Torrejón
y por la plaza cruzaban,
por calle del Hospital
al polígono marchaban
buscando lo principal,
un trabajo que al final
gracias a Dios lo encontraban.

BENBOGA

NIEVE ETERNA

Luis Uriarte

Los años sesenta fueron tiempos de miedo en los colegios al no llevar los deberes hechos, el profesor te podía dar con la regla o abofetearte. «La letra con sangre entra» era el paradigma de entonces; si ibas a tu casa diciendo que el profesor te había golpeado, tus padres defendían al maestro diciendo: «Algo habrás hecho».

Pasaron los años de pantalones cortos, bocadillo de mortadela con pan y de algunas profesoras amables que eran rarezas en la jungla de la represión pasada.

Los juegos y la calle eran nuestro territorio, no había asfaltadas carreteras en muchos casos y los descampados estaban por doquier; el fútbol era nuestra pasión. Yo entonces tenía un buen amigo que era tartamudo. Cuando intentaba responder al profesor, todos se reían de él, menos yo. Los niños pueden ser muy crueles. A mí me gustaba comer y era gordo, ahora lo llaman niños con sobrepeso. Cualquier tara o defecto para los demás era motivo de acoso. Entonces era algo que sobrellebábamos de modo natural, los padres a los hijos no nos hacían demasiado caso.

Cruzar la plaza con nieve era lo que más me gustaba. El colegio estaba alejado de casa y tenía un pequeño patio cerrado que daba a la iglesia. Recuerdo el color blanco de la nieve, desde entonces representa el silencio porque los copos no hacen ruido al caer.

Otros colores tienen otra significación: el azul me recuerda el toque de la campana en la iglesia de San Juan Evangelista para llamar a misa; el verde lo asocio con la ribera del río, cerca del barrio del Castillo; y el negro con las mujeres ancianas que vestían siempre de negro, como mi abuela Nines.

La nieve era la belleza, lo asombroso, los días sin colegio, porque las calles estaban repletas de nevada. Entonces el frío era tremendo en invierno. Luego esa nieve se convertía en hielo y era peligroso ir a la escuela; muchas veces suspendían las clases y yo lo relacionaba con la libertad.

El jueves santo en la procesión la observé. Era una niña que llevaba bufanda y gorro, tenía el pelo lacio y sus ojos verdes eran tan bellos que hacían daño al mirarla. Yo la quería deslumbrar saltando al potro sin tocar al chico que se agachaba y que me llevó a caer de bruces y hacerme una buena raspadura. Ella reía sin parar, para luego decirme que era el tercero de la lista, que le gustaba un chico mayor que yo. Sin embargo, seguía jugando con ella

al pañuelo o la pájara pinta, donde dos besos me dejaban contento para dormir más feliz.

Una tarde, jugando al escondite, ella se ocultó conmigo en un portal, sentí su aliento a mi lado y estuve muy nervioso.

Una semana más tarde encontré a su amiga a la salida del colegio. Me dijo que se había marchado con sus padres a Zaragoza por un trabajo del padre y que no la volveríamos a ver. El dolor fue un manotazo más duro que el del maestro.

Intenté encontrarla tiempo después en las redes sociales, pero con su nombre solo me era imposible.

Entré en el Instituto en los años setenta, eran tiempos de libertad y de compromiso político. Dejar el castigo físico fue la norma, aun cuando el respeto a la figura del profesor era intocable. Me planteé preguntas sobre el sentido de la vida y aquellas que no tienen una fácil respuesta. Los alumnos y alumnas se han ido empoderando progresivamente de la situación de mayoría en las clases, hay más faltas de respeto al profesor y la figura de la autoridad se ha perdido. Antaño, la tribu enseñaba valores; ahora es una tarea difícil en la época de los móviles, ordenadores y redes sociales, donde la fama y el éxito fácil se vende y donde el esfuerzo de conseguir lo importante en tu vida no es moneda corriente.

En la Universidad alquilé una habitación privada en una casa. Una tarde, cuando bajaba las escaleras del

metro, me encontré con la mujer de los ojos verdes del pasado, la paré con la mano y ella no me reconoció. Le conté algo del pasado y cayó en mí sin saber mi nombre.

La propuse tomar un café, pero ella tenía prisa; su bebé, que estaba en la guardería, la estaba esperando. Ya no la he vuelto a ver.

Cuando volví al pueblo, me acerqué a su antigua casa por si estuviera, ingenuo de mí. Lo que sí estaba era la nieve de un sábado de invierno.

A pesar de que los padres se preocupan mucho de sus hijos, ahora que soy profesor, me doy cuenta de que antes no era del mismo modo, tal vez porque los padres hablaban más con nosotros o confiaban de otro modo. Eran otros tiempos: los riesgos de la violencia cotidiana parecían menores.

Desde hace muchos años soy docente, quiero seguir con mi profesión porque aprendo de mis alumnos y ellos aprenden de mí, es una mutua correspondencia, aun cuando la transmisión de conocimientos se haya hecho más difícil al perderse la autoridad de antaño.

En una ocasión, un alumno bueno, sonriente, afable, se suicidó en las vías del tren. Unas semanas antes, le había preguntado yo si, como nadie es perfecto, me quería contar algún problema que tuviera. Me dijo que

todo estaba bien; pasé unos días con ansiedad y problemas derivados del hecho.

Recuerdo a Eladio, que en la panadería del pueblo nos regañaba cuando no le dábamos los buenos días y nos hacía salir y volver a entrar enmendando el error.

Parece que esos tiempos no hubieran existido. El pasado, la nostalgia, lo hace mejor, la memoria tergiversa el contenido de las vivencias ocurridas. He constatado que dos personas que vivieron el mismo hecho, pasados muchos años, tienen dos visiones diferentes de lo ocurrido.

Aún recuerdo los días lentos que no pasaban deprisa y daba tiempo para jugar y para estudiar. Todo estaba abierto a la experiencia novedosa; ahora voy camino de vuelta y la ilusión desaparece. No voy a los toros, vengo de los toros y mi ánimo no es el mismo. El tiempo es una locomotora que nos arrolla a los mayores y el progreso creo que no ha traído la igualdad entre hombre y mujer, o es que lo mismo, es una falacia porque el ser humano tiene afán de poder.

De vuelta a mi pueblo, la gente ha ido desapareciendo a la par que las costumbres y hábitos del pasado. Recuerdo un poema que nos leyeron en la escuela del esplendor en la hierba, eso que tal vez ha pasado para no volver.

Siento que mis padres no estén, tal vez me dieran consejos de cómo sobrellevar estos tiempos difíciles que, como todos los vividos por el ser humano, nos toca vivir.

Soy viejo, pero quiero seguir viendo la belleza del mundo.